



# Una historia de amor épica

(This Is Kind of an  
Epic Love Story)

Kacen Callender

TRADUCCIÓN DE  
ANABEL MARTÍNEZ ÁLVAREZ



KaKao  books

Primera edición: Julio de 2022

Título original: *This Is Kind of an Epic Love Story*  
Editorial original: Balzer & Bray

Text Copyright © 2018 by Kheryn Callender  
Currently known as Kacen Callender  
Permission for this edition was arranged through the Gallt and Zacker  
Literary Agency, LLC.

© de la edición en español:  
A. C. KAKAO BOOKS – Libros por la diversidad, 2022  
www.kakaobooks.com – bookskakao@gmail.com  
Reservados todos los derechos.

Ilustración de cubierta: Carmen Ocaña Ordóñez  
Traducción: Anabel Martínez Álvarez  
Correcciones: Diana Gutiérrez  
Maquetación: Scarlett de Pablo  
Impreso por Liberdúplex en Barcelona.

El diseño de colección de KAKAO BOOKS es obra de Diana Gutiérrez.  
El logotipo está diseñado por Rodrigo Andújar Rojo.

ISBN: 978-84-124926-0-6  
Depósito legal: B 11111-2022

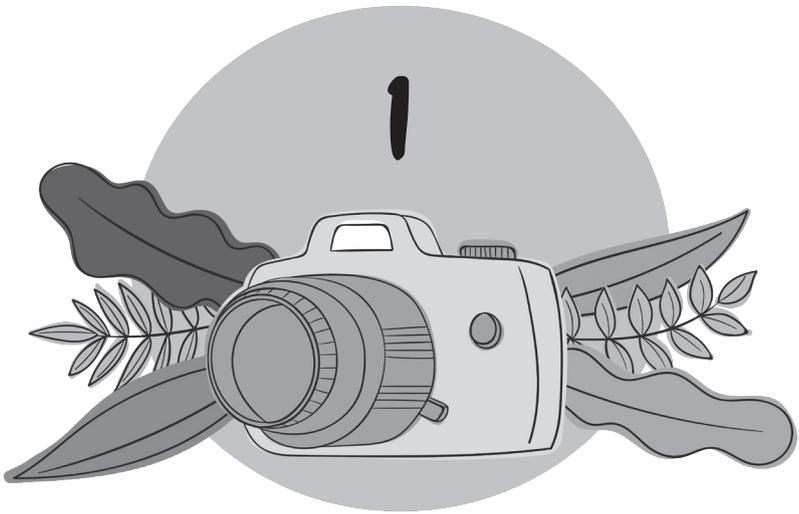
Thema: YFM  
IBIC: YFM



Para las personas *queer* de color  
de todas partes.







**M**ontar en bici cuando llueve y tienes un brazo roto nunca es buena idea, pero soy la clase de tío al que le gusta complicarse la vida, así que es justo lo que hago. Con la lluvia, los manillares marrones están resbaladizos y cuesta sujetarse con una sola mano, así que acabo zigzagueando calle abajo, con las ruedas dando bandazos y parándome cada vez que pasa un coche salpicando.

La cafetería de la esquina es uno de los muchos locales pequeños anti-Starbucks que han brotado como setas por todo Seattle. El interior es de típica cafetería hípster: objetos victorianos al azar en paredes revestidas de madera, galletas veganas o sin gluten y fotos colgadas alrededor de un menú escrito en una pizarra. Probablemente las hicieron con la Polaroid retro que está junto a la máquina registradora. Justo ahora hay un tío inspeccionando la cámara: le da vueltas una

y otra vez entre las manos y mira fijamente la lente como si quisiera que todo el mundo supiera lo mucho que le va la fotografía. Eso me da ganas de juzgarlo, pero me doy cuenta de que hacerlo es cruel e innecesario, así que me espero a su lado frente a la registradora y finjo que no me da vergüenza tener dieciséis años y pedir un chocolate caliente.

La camarera es una chica mona de piel muy blanca y cabello corto y negro. No deja de echarme miraditas y apartar la vista con las mejillas coloradas. Tendría que hacer algo. Pedirle una cita o decirle que es guapa. Un momento, ¿sería eso como piropear a una que pasa por la calle? ¿Aunque este-mos en una cafetería hípster y no en la calle? Hostia puta, soy un gilipollas acosador. Seguro que ni quiere hablar conmigo. Solo está haciendo un chocolate caliente, joder, y yo aquí pavoneándome y pensando que soy la leche solo porque me sonrío una chica...

—¿Nate? —dice, y deja el chocolate caliente sobre el mostrador.

Trastabillo hasta allá y le doy las gracias en voz baja mientras cojo el vaso, pero aún no me he acostumbrado a tener el brazo enyesado, así que se me resbala el chocolate. El vaso rueda por el mostrador y se cae al suelo, donde se produce un estallido de delicioso chocolate y malvaviscos medio deshechos. Todo el mundo se gira a mirarme. La gente se calla de golpe. La camarera mona levanta una ceja. Que alguien me mate ya.

La camarera (en su chapa identificativa pone que se llama Kim) me sonrío con lástima y se encoge de hombros.

—Te pongo otro, ¿no?

Me obligo a reírme, pero suena más como si tosiera.

—Eh... pues si puedes... Gracias.

Las conversaciones se reanudan mientras la gente mira de reojo. Intento hacer como que paso de todo, me agacho con un puñado de servilletas de papel cuadradas y finas para limpiar, pero se empapan y empiezan a deshacerse al instante. Un chico se agacha con más servilletas hechas una bola en la mano. Es el tío que estaba jugueteando con la cámara, de modo que me siento supercapullo por haberlo juzgado, porque es obvio que es buena gente. Tiene el pelo castaño, que le tapa un poco la cara al agacharse, ojos marrones que brillan con la bondad de mil monjas y unos hoyuelos que invitan hasta a la persona más desalmada a pellizcarle los mofletes. Doy fe, porque básicamente es lo que quiero hacer. Me sonrío mientras limpia el estropicio.

—Gracias —le digo.

Él niega con la cabeza, aún sonriendo, como diciendo que no es nada. No dejo de mirarlo; no sé de qué, pero me suena muchísimo. Es como si lo hubiera visto en algún anuncio, en una peli o en un póster de tíos absurdamente monos o...

Se incorpora y tira sus servilletas a la papelera. Le vuelvo a dar las gracias, pero me ignora mientras sale de la cafetería. La campanilla de la puerta suena al cerrarse. Recojo mi segundo chocolate caliente con la mirada clavada en él.

Hasta que no estoy fuera, quitándole el candado a mi bici azul oxidada e introduciendo la combinación con torpeza, no caigo.

Sé perfectamente quién es.

Oliver James Hernández.

Hostia puta.



La lluvia es más bien un chirimiri. Humedece las hojas y el musgo que cubre la corteza de los árboles, y hace que el asfalto brille de manera que parece cristal negro. Cuando al fin llego a casa de Florence, estoy empapado. Flo abre la puerta, me mira y estalla en carcajadas.

—¿Qué te ha pasado? ¿Por qué estás chorreando?

La miro perplejo.

—Está lloviendo.

Flo echa un vistazo con poco interés.

—Bueno, es más bien chirimiri.

Dejo la bici en el umbral, entro mientras me quito las zapatillas y le alargo el chocolate caliente. Ruego para mis adentros que no esté su padre, porque nunca le he caído especialmente bien. Tobey Maguire, su perro salchicha negro, avanza contoneándose hasta mí y me lame el pie antes de empezar a tirárselo.

—¿En serio? ¿Eso es lo que tú entiendes por preliminares?

—¡Tobey! —Florence lo toma en brazos—. Tobey, te juro que te voy a cortar las pelotas.

Hago una mueca de dolor.

—No se las cortes, por favor.

Florence me dedica una enorme sonrisa.

—¿Te duele por empatía?

—No tiene gracia.

—Un poquito sí.

—No, en serio, no tiene ninguna gracia.

Se lleva a Tobey escaleras arriba, sosteniéndolo contra el pecho como si fuera un bebé, mientras le da tragos largos al chocolate caliente como si fuera té con hielo. La tele está apagada y no oigo voces en el salón, así que ya puedo deducir que Florence y yo estamos solos en su casa. Esa idea me hace pensar cosas que seguramente no debería pensar... Al menos ya no.

Entramos en su cuarto, que huele a talco. Ella cierra la puerta detrás de mí y se arroja de un brinco sobre su cama floreada. Ethel, su gata maléfica infernal, está hecha un rosquito en uno de los cojines de encaje y me mira parpadeando lentamente. Hay montones de ropa sucia por el suelo, y en el escritorio de Flo están los libros de texto nuevos de este año y una copia ajada de un cómic de Neil Gaiman, abierto como si fuera una tienda de campaña. En su portátil, que tiene la pantalla polvorienta y llena de manchurriones, está puesta la radio en línea Pandora y suena Bon Iver.

Casi le cuento lo de la cafetería (lo de ver por primera vez en cinco años a Oliver James o a su doble, igual de atractivo), pero no sé ni por dónde empezar. ¿Cómo se puede explicar quién es Oliver James Hernández?

Flo ni se entera de mi lucha interna, pero no la culpo, porque se me da bastante bien ocultar mi agitación cuando quiero. Le da golpecitos a la cama con una mirada que dice «vente acá», con una pluma estilográfica entre los dedos. Me siento y extendo el brazo, y ella se pone a dibujar. Mi yeso

está lleno de dibujos de personajes de mis películas preferidas. Buttercup y Westley, de *La princesa prometida*, se miran con amor a los ojos; está Olive Hoover, de *Pequeña Miss Sunshine*, con los brazos extendidos; Joel Barish tumbado al lado de Clementine Kruczynski; y los protagonistas de *¡Olvídate de mí!*, Juno y Paulie, cantándose en los escalones de delante de su casa.

Florence saca la lengua mientras dibuja con total concentración. Tengo que desviar la mirada o acabaré pensando en cosas que sé que no debería pensar, como en los días en los que su padre no estaba en casa y yo iba a verla, y esa lengua se deslizaba suave y húmeda contra la mía. Hacíamos que Tobey Maguire se sintiera orgulloso de nuestra técnica de restriegue en seco con piernas, manos y bocas hechas un amasijo de excitación. Pero justo antes de que llegásemos al punto de no retorno, yo siempre paraba. Decía que debíamos esperar. Florence hacía la coña más seria del mundo cuando decía que yo era el único tío que conocía que no practicaba sexo por voluntad propia.

Florence es negra y taiwanesa, y tiene la piel marrón, casi tan oscura como la mía, y el pelo en trencitas de color morado oscuro. Lo lleva recogido en un moño alto, y le caen algunas trencitas alrededor de las orejas y el rostro; se las aparta con impaciencia. No lleva sujetador, solo una blusa blanca y fina, así que básicamente veo el contorno de lo que hay debajo si miro, pero intento no hacerlo. Lo intento muy fuerte.

—Lydia está en plan imbécil —dice Florence. Me mira por encima de las gafas y yo levanto la vista con inocencia, como si no le hubiera estado mirando los pechos como el

baboso que soy—. Es como si me picara queriendo para que discutamos.

—Ah. —No tengo nada claro que este sea un tema idóneo para que Flo y yo lo hablemos.

Flo levanta la mirada del yeso como si me hubiera leído la mente.

—A ver, no pasa nada si no quieres hablar de ella. O sea, que lo entiendo.

No quiero hablar de Lydia, pero Flo es mi amiga y los amigos hablan de su vida sentimental, ¿verdad?

—No... Eh... No pasa nada. —Carraspeo—. ¿Quieres cortar con ella?

—No. ¿Soy megapenosa por no querer romper?

—¿Por qué ibas a ser megapenosa por eso?

—Porque voy detrás de alguien que me trata como una mierda.

—Eso no te hace penosa, te hace igual que todo el mundo. Humana.

Suspira y se me inclina más sobre el brazo, de modo que la blusa se le abre y veo todo lo que hay debajo. Dios. Cierro los ojos.

—No sé —dice—. Igual no está tan imbécil y yo exagero. A ver, está estresada por sus padres y eso... La presionan mucho para que entre en la Escuela de Diseño de Rhode Island. Yo tendría que apoyarla y ya. Ella siempre me apoya cuando lo paso mal.

Siento una punzada de celos que trato de ignorar. No es justo para Florence. Que piense esas cosas, que me sienta así. Hace unos meses, acordamos que no nos iba bien

como pareja. Me estaba volviendo demasiado dependiente, inseguro y acomplejado. Flo me apartaba de ella, empezó a pasar más tiempo con Lydia... hasta que una noche vino y me dijo que se habían enrollado. Lloraba porque se sentía como una mierda y me decía que no quería que siguiéramos saliendo. «Tienes razón», le dije. «Yo también quiero que seamos solo amigos». Sabía que era mentira entonces y sé que es mentira ahora.

Florence sigue dibujando en el yeso en silencio, de modo que sé que está concentradísima. Intento quedarme muy quieto. El cantante José González suena en su portátil. La cama se mueve y miro a Flo justo cuando baja la mano y sonrío.

—Ya está.

Intento girar el brazo, pero siento un fuerte dolor que me da un cosquilleo en los dedos. Florence toma su móvil y pone la cámara en modo espejo. Veo en el yeso a Tina Carlyle atada como en *La máscara*. No puedo evitar sonreír de oreja a oreja, me encanta.

—Gracias, Flo.

Levanta en brazos a Tobey y juega con sus orejas caídas. Tendría que irme; no es que sea tarde, pero mañana es el primer día de clase, y no será fácil levantarme por la mañana después de pasarme los dos últimos meses durmiendo hasta mediodía y viendo y revisando pelis en Netflix. Todo para reunir valor y e intentar escribir otro de mis muchos guiones.

Florence me sonrío mientras rasca a Tobey detrás de la oreja. Conozco esa sonrisa; nada bueno puede salir de ella.

—Y tú, ¿qué? —pregunta con voz demasiado inocente.

La miro con expresión de no entender.

—¿Cuándo vas a buscar a alguien nuevo?

Noto el cuello algo caliente y me cuesta hablar.

—Eh... No sé.

Flo suelta un quejido:

—Venga ya, Bird.

Noto que empiezo a ponerme a la defensiva.

—¿Qué pasa? No todo el mundo ha de tener pareja. Tengo suficiente confianza en mí como para no necesitar una relación.

—Ya, pero estás en el tercer año de instituto y sigues siendo virgen —suelta con una mueca.

Me quedo callado un instante.

—No me importa ser virgen.

—No fastidies. A todo el mundo le importa ser virgen.

—A ver, hay gente a la que le da igual.

—Vale, pero ¿seguro que tú eres una de esas personas?

Titubeo.

—Eso pensaba. —Le rasca las orejas a Tobey—. Siempre podríamos volver a salir —añade, sin mirarme—. No me importaría corromperte.

Me río.

—Haces que suene supersucio.

Ella se limita a seguir sonriendo ligeramente. Me pregunto si habrá estado pensando cosas sobre mí; las mismas cosas que yo he pensado de ella. Enseguida empiezo a notar cosquilleo y calor, y tengo que recordármelo: Florence rompió conmigo por algo. Sé que ya no siento lo mismo por mí. Porque ella me lo dijo. Con esas palabras exactas: «Lo siento, Nate, ya no siento lo mismo por ti». Tengo suerte de

que hayamos podido seguir siendo amigos; no quiero cagarla obsesionándome con ella. Tengo que aceptar nuestro final infeliz y punto.

De pequeño me encantaban las pelis con final feliz. A ver, ¿a quién no? Los diálogos pastosos y optimistas en los que todo el mundo sabe qué decir justo cuando toca, la calidez de saber que, por un momento, la felicidad ha encontrado la forma de verse inmortalizada, las puestas de sol... A todo el mundo le encanta un final feliz con una buena puesta de sol.

Pero acabé entendiendo que los finales felices no son reales.

*American Beauty.*

*Infiltrados.*

*Melancolía.*

*Memento.*

Esas dieron en el clavo.

Las *Notting Hill*, *Tienes un e-mail* y *16 velas* del mundo hacen que la gente piense que la vida es una ristra en tres actos de chistes que siempre hacen gracia donde hasta los humanos más mierdosos del mundo se redimen y encuentran el amor. Simplemente no es cierto.

A ver, que me sigue encantando ver pelis con un buen final feliz. Son un destello de luz en un mundo deprimente que te cagas.

Pero ¿son realistas? Pues no, la verdad.

Me empieza a doler el brazo. Cinco semanas más y me quitan el yeso. Me pongo de pie y empiezo a andar hasta la puerta, pero me paro al ver que Florence no me sigue. Me observa detenidamente, entornando los ojos tras sus gafas de ojo de gato.

—Tienes superado lo nuestro —dice—, ¿verdad?

Mierda. Dudo y pestañeo muy rápido.

—Sí, está superado.

Se hace un silencio incómodo. En serio, soy el rey de los momentos incómodos. Intento llevarlo como mejor puedo.

—Ya te encontraremos a alguien —dice Flo muy segura—. Para finales de año, ya no serás virgen. Vamos a por todas.

—Venga, Flo...

Me dedica una mirada terrorífica. A veces me recuerda demasiado a Ethel. Le alargo mi mano buena y ella pone la suya encima.

—Ojos abiertos. Corazones llenos. No perderemos.<sup>1</sup>

Me da un beso en la mejilla y me conduce a la salida.

Ha dejado de llover y decido ir andando con la bici, pero caminar con la bici y un solo brazo es igual de imposible que montarla, así que tardo casi una hora en llegar a casa. Para entonces, ya casi ha anochecido y el cielo es del color verde azulado que anuncia que cae la noche. El aire huele a petricor y pino. Paso por delante de la casa de lo alto de la colina, la que siempre hace que el corazón me lata más rápido y las manos me suden hasta dar asco mientras me bombardean recuerdos que preferiría olvidar. Hoy veo que hay una furgoneta de mudanzas delante con cajas mojadas en la acera.

---

1 Cita de la película *Friday Night Hearts*. Forma parte de un discurso motivador en la media parte de un partido de fútbol americano, tema central de la película. (*N. de la T.*)

No puede ser casualidad, ¿no? Oliver James ha vuelto de verdad.

Casi me planteo esconderme detrás de un árbol para ver si sale o no, pero caigo en que eso me convertiría oficialmente en un acosador, así que bajo a toda prisa la colina hasta mi casa y apoyo la bici en la pared del garaje. Abro la puerta principal y entro, todas las luces están apagadas. La casa deprime un poco desde que Rebecca se fue a Chicago hace unas semanas, así que normalmente me voy directo a mi cuarto y ahí me quedo. Pero, antes de poder sacar un pie del vestíbulo, mi madre me llama.

Contengo un suspiro y voy a la sala de estar. Mi madre está apoltronada en el sofá bajo una manta. En la tele dan otra reposición de *Friends*. Sonríe y se incorpora.

—¿Has ido a ver a Florence?

—Sí.

—¿Cómo le va?

Me encojo de hombros.

—No sé. Supongo que bien.

No me gusta hablar de Flo con mi madre. No deja de preguntarme por qué rompimos, con lo monos que éramos juntos, como si fuéramos cachorritos en el escaparate de una tienda de animales.... Pero supongo que no le parecería todo tan mono si supiera que Flo me puso los cuernos, así que intento evitar el tema por todos los medios.

A ella empieza a costarle mantener la sonrisa y asiente.

—Bueno, hoy has llegado justito —dice, mientras me enseña la pantalla del móvil: son las 18:54.

—Hablando de eso —digo, carraspeando y poniéndome

derecho—. Tengo dieciséis años y, a partir de mañana, me quedarán oficialmente dos años para graduarme.

Se cruza de brazos.

—Sigue.

—Creo que... ya va tocando alargarse mi hora de llegada.

Se le borra la sonrisa por completo.

—Ya hemos hablado de esto, Nate.

—Jolín —digo mientras me apoyo en el respaldo del sofá—. Nadie más de mi año tiene que estar a las siete en casa. Como mucho a las diez.

—Nadie más de tu año me tiene de madre —dice, poniendo otra sonrisa angelical.

—Sí, eso es muy cierto.

—Me siento mejor sabiendo que estás en casa, viendo Netflix y haciendo lo que sea que hagáis los chicos de tu edad en su cuarto...

—Dios, mamá. —Me llevo las manos a la cara.

Ella me ignora:

—Además, como dices, te quedan dos años para graduarte. Tienes que centrarte en los deberes y los exámenes, en sacar las mejores notas. No deberías estar callejeando a las tantas.

—«¿Callejeando»? Pasar el rato con Flo no es callejear. Lo que hacemos es, literalmente, sentarnos a hablar y ver Netflix.

—Si quieres entrar en una buena universidad —continúa ella—, tendrás que esforzarte este año. La Universidad de Seattle no es que sea poco exigente.

Siempre hace como que no tengo más opción que estudiar en una universidad de la zona; y lo espantoso es que estoy bastante seguro de que lo dice totalmente en serio.

—Me voy a la cama —digo.

—Sabia decisión.

Se señala la mejilla. Pongo los ojos en blanco y le doy un beso relámpago antes de girarme para irme, pero tengo que contener otro suspiro cuando añade:

—Igual yo también debería hacer las pruebas de acceso de la Universidad de Seattle; siempre he querido sacarme otro título.

—Buenas noches, mamá —digo sin volverme.

—Buenas noches, Nate. —Lo dice medio riéndose.

Subo corriendo las escaleras y me meto en mi cuarto, me apoyo contra la puerta y cierro los ojos. Sé que debería bajar, intentar dejar de ser un mal hijo y pasar tiempo con mi madre... sobre todo esta noche. El primer día de clase coincide más o menos con el aniversario de la muerte de mi padre y, este año, es mañana. Yo solo tenía nueve años cuando murió, pero a veces paso por donde antes estaba el cine Ridgemont o veo a alguien de espaldas y durante una milésima de segundo me parece él, y me siento como si acabara de ocurrir.

Recuerdo a mi madre intentando no llorar cuando se sentó con Becca y conmigo en el cuarto de estar. Empezó a decirnos que había ocurrido un accidente, pero fue incapaz de acabar. Rompió a llorar. Becca ni siquiera comprendía lo que había pasado, pero se puso de pie, abrazó a nuestra madre y le dijo que todo iba a salir bien, cosa que la hizo llorar más fuerte.

Yo no sabía qué hacer. Me quedé sentado mirando, totalmente indefenso. Supongo que sigo igual, aunque hayan pasado siete años.

Crecer sin mi padre me ha resultado duro, sobre todo porque me pregunto en qué sería distinto si mi padre hubiera estado conmigo. ¿Habría llegado a ser mejor persona? A lo mejor no habría sido tan dependiente de Florence. A lo mejor ella y yo seguiríamos juntos y mi padre me habría dado alguna charla incómoda sobre cómo evitar embarazos. No saber qué me he perdido duele casi tanto como haberlo perdido.

Pero tiene que ser peor para mi madre. No logro imaginarme lo que tiene que ser perder al amor de tu vida. No quiero imaginarme su dolor. No sé qué decir para reconfortarla, me da miedo decir nada.